

ANTONIN ARTAUD

HELIOGÁBALO o el anarquista coronado

TRADUCCIÓN

Álvaro Ramos Dicenta

s e r i e c e r o

Índice

<i>Dedicatorias</i>	7
La cuna de esperma	9
La guerra de los principios	49
La anarquía	71
APÉNDICE I	135
APÉNDICE II	139
APÉNDICE III	141

Dedicatorias

*Dedico este libro a los manes de Apolonio de Tiana,
contemporáneo de Cristo, y a todos los auténticos
Iluminados que permanecen en este mundo perdido;*

*y, para subrayar su profunda inactualidad, su
espiritualidad y su inutilidad, lo dedico a
la anarquía y la guerra por este mundo.*

*Lo dedico, en fin, a los Ancestros, a los Héroes
en el sentido antiguo y a las almas
de los Grandes Muertos.*

La cuna de esperma

Si alrededor del cadáver de Heliogábalo, muerto sin sepulcro y degollado por sus guardias en las letrinas de su palacio, hay una intensa circulación de sangre y excrementos, alrededor de su cuna hay una intensa circulación de esperma. Heliogábalo nació en una época en la que todos se acostaban con todos y no se sabrá jamás dónde ni quién fecundó realmente a su madre. Para un príncipe sirio como él, la filiación se establece por las madres; y, en cuanto a madres, alrededor de este hijo de carretero, neonato, hay una pléyade de Julias; todas las cuales, sentadas o no en el trono, son distinguidas meretrices.

Su padre, la fuente femenina de este río de violaciones e infamias, antes de ser sacerdote debió haber sido carretero, pues de otro modo sería incomprensible la ardorosa dedicación con la que Heliogábalo, ya coronado, se dejaba encular por carreteros.

Sea como fuere, la Historia que se remonta por el lado femenino a los orígenes de Heliogábalo tropieza inexorablemente con ese cráneo decrepito y desnudo, con esa cuadriga y esa barba que componen en nuestra memoria la efigie del viejo Julio Basiano.

Que esta momia oficie un culto no condena al culto, sino a los ritos estúpidos y huecos a los que los contemporáneos de las Julias y los Basianos, y la Siria

del naciente Heliogábalo, habían acabado reduciendo este culto.

Pero este culto muerto, menguado, este raquítico esqueleto de gestos al que se entregaba el viejo Basiano, recobra, cuando aparece el niño Heliogábalo en la escalinata del templo de Emesa, por encima de las creencias y los revestimientos, su energía de oro concentrado, de luz difusa y densa, y vuelve milagrosamente a la vida.

En todo caso, este ancestro Basiano, recostado sobre la cama como sobre un par de muletas, engendra con una mujer cualquiera esas dos hijas, Julia Domna y Julia Mesa. Él las hace y le salen bien. Son hermosas. Son hermosas y están preparadas para su oficio bicéfalo de emperatrices y prostitutas.

¿Con quién tuvo estas hijas? La Historia, hasta ahora, no lo ha dicho. Y admitiremos que no tiene importancia, obsesionados como estamos con las cuatro cabezas en medallas de Julia Domna, Julia Mesa, Julia Soemias y Julia Mamea. Pues, si Basiano tuvo dos hijas, Julia Domna y Julia Mesa, esta última tuvo a su vez dos hijas: Julia Soemias y Julia Mamea. Y Julia Soemias, casada con Sexto Vario Marcelo, pero sin duda fecundada por Caracalla o Geta, sus primos, hijos de Julia Domna, o por Gesio Marciano, su cuñado, el esposo de Julia Mamea, o quizá por Séptimo Severo, su tío político, da a luz a Vario Avito Basiano, más tarde apodado Elagabalus, o hijo de las cumbres, falso Antonin, Sardanápalo y, finalmente, Heliogábalo, nombre que parece ser la feliz contracción gramatical de las más altas denominaciones del sol.

Desde aquí se ve a este monje senil, Basiano, en Emesa, a orillas del Orontes, con sus dos hijas, Julia Domna y Julia Mesa. Son ya dos famosas concubinas estas hijas de un cojo coronado por miembro masculino. Aunque hechas con esperma añejo, en el punto más lejano que alcanza su esperma cuando el parricida eyacula —ya se verá por qué digo «parricida»—, ambas tienen una buena constitución; son fornidas, macizas, corpulentas; están llenas de sangre, carne, huesos y cierta sustancia macilenta que atraviesa los rubores de su piel. Una, grande y empolvada en plomo, con el signo de Saturno sobre la frente, Julia Domna, semejante a una estatua de la Injusticia, la aplastante Injusticia del destino; la otra, pequeña, delgada, ardiente, explosiva, violenta y amarilla como una enfermedad del hígado. La primera, Julia Domna, es un sexo que habría tenido cabeza, y la segunda, una cabeza que no carecía de sexo.

El año en que comienza esta historia, el año 960 y pico de la caída de Lacio, del desarrollo distante de este pueblo de esclavos, mercaderes y piratas, aferrado como ladillas en la tierra de los etruscos; que nunca hizo, desde el punto de vista espiritual, otra cosa que chuparle la sangre a los demás; que nunca tuvo otra idea aparte de proteger sus cofres y tesoros con preceptos morales; este año 960 y pico, que corresponde al año 179 del reino de Jesucristo, Julia Domna, la abuela, tendría dieciocho años y su hermana trece, y hay que decir que estaban en edad de casarse pronto. Pero Julia Domna se asemejaba a una piedra de luna, y Julia Mesa al azufre calcinado por el sol.

Si ambas eran vírgenes, yo no pondría la mano en el fuego, habría que preguntárselo a sus hombres, es decir, para la Piedra de Luna, a Séptimo Severo, y a Julius Barbakus Mercurius para el Azufre.*

Desde el punto de vista geográfico, siempre ha existido una franja de barbarie en torno a lo que hemos dado en llamar Imperio Romano, y en el Imperio Romano hay que incluir a Grecia, que inventó, históricamente, la idea de barbarie. Y, desde esta perspectiva, nosotros, gentes de Occidente, somos los dignos hijos de esta madre estúpida, pues para nosotros los civilizados somos nosotros mismos y todos los demás, que nos devuelven la medida de nuestra ignorancia universal, se identifican con la barbarie.

Sin embargo, cabe señalar que todas las ideas que impidieron la muerte inmediata de los mundos romano y griego, su oscurecimiento en una ciega salvajada, provenían precisamente de esa franja bárbara; y Oriente, lejos de contagiar su degeneración y malestar, permitió conservar el contacto con la Tradición. Los principios no se descubren ni se inventan: se conservan, se comunican; y hay pocas operaciones más difíciles en el mundo que conservar la noción, al

* Julia Mesa se casó con Julius Avitus, cónsul de las provincias de Mesopotamia, Asia y Chipre bajo el gobierno de Séptimo Severo. El nombre de «Barbakus Mercurius» es historiográficamente irrazonable; debe leerse como fruto del sincretismo poético de Artaud, que cruza aquí la raíz semítica *bar* (hijo) con los teónimos *Baco* y *Mercurio*, generando un híbrido onomástico que condensa la naturaleza sirio-romana del personaje. [N. d. T.]

mismo tiempo ajena y originada en el organismo, de un principio universal.

Todo esto es para subrayar que, desde el punto de vista metafísico, Oriente siempre se mantuvo en un estado de apacible ebullición; que nunca tuvo nada que ver en la degradación de las cosas; que el día en que la piel de zapa de los principios se agriete allí gravemente, el rostro del mundo se agrietará también y todas las cosas estarán más cerca de su ocaso; y para ese día no creo que quede mucho.

En medio de esta barbarie metafísica, de este derrame sexual que, incluso en la sangre, se empeña en recuperar el nombre de Dios, nacieron Julia Domna y Julia Mesa. Nacieron del esperma ritual de un parricida, Basiano, al que yo no puedo ver sino en forma de momia.

Este parricida clavó su cola en el reino oprimido de Emesa, el cual no era en principio un reino, sino un sacerdocio; y todo esto —reino, sacerdocio, sacerdotes y el religioso rey a la cabeza— jura estar animado de materia macilenta, hecho de oro y descender en línea directa del sol.

Pero, de pronto, este sacerdocio que manipula preceptos y profiere principios como se maneja al azar, sin conocimiento, un alfiler o un fuelle; ese sacerdocio que acaso llevara en su interior algo sagrado, pero que no sabía dónde encontrarlo; en el que lo divino estaba machacado, aminorado a nada como el pequeño reino de Emesa entre Líbano, Palestina, Capadocia, Chipre, Arabia y Babilonia, o como el plexo solar está contrahecho en nuestros organismos

occidentales; este sacerdocio vacuno de Emesa, vacuno, es decir, femenino, es decir, cobarde, maleable, abofeteado y esclavizado; que no pudo conquistar su reino visible con la fuerza de sus brazos, pero que se encontraba cómodo en una atmósfera de facilidad y anarquía, supo aprovechar la descomposición del reinado de los Seléucidas, que continuó a ciento sesenta años de distancia la descomposición, mucho más importante, del imperio de Alejandro Magno, para declararse independiente.

De madres a hijos, los sacerdotes de Emesa, que desde miles de años atrás proceden de los Samsigeramidas, se transmiten el reino y la sangre del sol. De madres a hijos, porque en Siria la filiación se establece por las madres: es la madre quien hace de padre, quien tiene los atributos sociales del padre y quien, desde el punto de vista filogenético, es considerada el primo genitor. Digo EL PRIMO GENITOR.

Esto quiere decir que la madre es padre, que es la madre la que es el padre y lo femenino lo que engendra lo masculino. Y hay que comparar esto con el sexo masculino de la luna, que hace que quienes lo veneran no se conviertan nunca en cornudos.

En cualquier caso, en Siria, y sobre todo entre los Samsigeramidas, la hija transmite el sacerdocio, mientras que el hijo no transmite nada. Pero, volviendo a los Basianos, de los cuales Heliogábalo es el más ilustre, y Julio el fundador, una terrible brecha se abre entre la línea de los Basianos y la de los Samsigeramidas; y esta brecha está marcada por una usurpación y un crimen, que desvían, sin interrumpirla, la descendencia del sol.

Ahora bien, como entre los Samsigeramidas la madre es el padre, para que el historiador romano le pudiera llamar «parricida», sería necesario que Basiano hubiera matado a su madre; pero como no se sucede a una mujer, sino a un hombre, y, aunque de la mujer provenía el sacerdocio, era el hombre quien se encargaba de conservarlo, yo creo que Basiano tuvo que matar a su custodio, creo que mató a su verdadero padre, a su padre *por* naturaleza y a su padre *en* la sociedad. Por tanto, era de sangre masculina, estaba en el lado masculino de la sangre solar; pero el hecho de haber restablecido una vez más la supremacía del hombre sobre la mujer, de lo masculino sobre lo femenino, no parece haber arreglado mucho las cosas, ya que es a partir de él que empieza el descenso; y es difícil encontrar en la Historia una combinación más perfecta de crímenes, infamias y crueldades que la de esta familia, donde los hombres se quedaron toda la maldad y la flaqueza, y las mujeres la virilidad. Se puede decir que Heliogábalo fue creado por las mujeres, que su pensamiento estaba atravesado por la voluntad de dos mujeres y que, cuando quiso pensar por sí mismo, cuando el orgullo masculino, azotado por la energía de sus mujeres, de sus madres —hembras todas con las que se había acostado—, quiso manifestarse, ya sabemos cuál fue el resultado.

Yo no juzgo este resultado como puede juzgarlo la historia: yo gozo con la anarquía y el libertinaje. Me complace desde el punto de vista de la Historia y desde el punto de vista de Heliogábalo. Pero en el momento en que retomo su historia, Heliogábalo aún no había nacido.